

El búho

Petrak Romero, José Günter

1994

<https://hdl.handle.net/20.500.11777/5418>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

EL BÚHO

(Del libro *Para leer la tarde*)

GÜNTHER PETRAK*

Pende de la pared como un trapo manchado, las alas pegadas al cuerpo y sus fibras en desparramada tensión, tejidas con pulcritud de miedo. El henequén y las manos de un artesano le dieron forma y un tinte marrón le dotó de un brillo maldito.

Llegó encerrado en una caja, prendido a una nota de caligrafía triste: *Sus ojos me vieron y a través de ellos me mirarás tú*. La frase poseía magia, y me sedujo; el búho tenía una arrogancia de fetiche y aroma de sal marina y arena; sus ojos, fijos e inexpresivos, producían una sensación de vacío, de agua meciéndose...

El búho pende de un clavo en la pared, pero parece suspendido en el aire. Durante las largas horas de ausencia de Diabna lo he observado con detenimiento como esperando el momento de que cobre vida, porque sé que late y que sus ojos, inundados de una profundidad hipnótica, de quietud sin paz, acecharán mis sueños... es cierto, su plumaje de hilos, esa madeja áspera de nudos y recovecos, de filamentos en delicada rigidez, no es ligero ni dispuesto para el vuelo... pero late... y en efecto, de la silenciosa perfección de los reflejos en sus ojos, brota la silueta de una mujer frente a una mancha verde, con olor de océano... es Diabna...

Es muy desagradable despertar con la garganta seca, sintiéndose una tortuga que se pudre en la playa, y el cuerpo tieso, enterrado bajo las sábanas. El sol de la mañana se clava en la piel de un brazo y la noche pesa todavía, como una soledad de café frío y galletas rancias. El fastidio de la basura en el bote de plástico, como todos los días, mientras las moscas pululan su balbuceo de náusea, lo hace a uno correr al espejo buscando un rostro encarroñado; pero en su lugar hay un cutis grasoso, un par de ojos hundidos, una maleza de pelos sucios y sin la armónica disposición de las hebras de henequén de las que se nutre el cuerpo del búho... y el búho observa, con sus ojos

* Coordinador de Comunicación, UIA-Golfo Centro

refulgentes como vidrios mudos; sin embargo, la distancia entre su mudez y mi soledad nos acerca... porque el reflejo de sus pupilas obedece al mal agüero pronunciado en una lengua desconocida y antigua y mi hastío no está muy lejos de ser, también, una maldición.

Transcurrida la noche, que es su dominio, me desperté con un agotamiento espeso como si, sumergido en su mirada, el sueño hubiese sido un esfuerzo de naufrago por sobrevivir al mar y al pensamiento recurrente de clavarme en sus ojos para arañar su imagen, la de Diabna sobre la arena, acariciada por la espuma salada y verde de un mar sibilino, más irreal que ella, como un recuerdo dentro de otro, uno más voluptuoso y ajeno, otro menos aparente, vivido y próximo...

Pero quizá su cercanía es solo una celada de mi propio deseo por llenar el hueco que deja su ausencia. El búho, después de todo, no es otra cosa que un objeto, propenso a llenarse de polvo...

Hace tres días el búho anidó en mi casa. Las ideas obsesivas también están anidando en mí. Son ya tres las faltas injustificadas a la oficina. Hoy le dije a la secretaria por teléfono que Gregorio Samsa no se podía levantar de la cama porque se había convertido en una tortuga putrefacta. Más tarde llamó para decir que mi jefa no toleraría otra falta y que, si mañana no se presenta, *Gregorio Samsa perderá el empleo*. Aprendí que el cinismo es una buena actitud para fastidiar a los jefes, perdí el trabajo, no me importa: el búho y yo nos estamos acostumbrando a compartir el ocio y la soledad, por eso carece de importancia que nos hayan cortado la luz por falta de pago, que los víveres de la despensa se agoten y que deba pagarle al búho, con mi voluntad, el alimento de imágenes que me ofrece en la honda esfericidad de sus ojos. Sé que el día transcurre porque las moscas zumban por toda la casa. Por la tarde esperaré la clarividente lujuria del sol lamiendo los senos de Diabna y el vaivén de su cuerpo desnudo en las olas, como don generoso de los ojos de búho. Después me dormiré deseando el mar.

¿Tiene trascendencia contar los días cuando de éstos solamente obtienes un poco de luz, una conserva gelatinosa de hongos *Campbells* o una botella de cocacola esparcida en mil fragmentos por el piso? Podrías salir y buscar otro paisaje en las calles, pero sería inútil, afuera hay más basura. Adentro la desnudez es cómoda; puedes aplastarte contra el suelo como una tortuga moribunda, bufando sobre los ojos del búho: Diabna se derrite en el atardecer y se vuelve en una mancha de aceite tornasolado sobre la vastedad del piélagos...

Afuera llueve. El colchón se queja al moverme con un gruñido de resortes viejos. La ropa y las sábanas están mojadas de vómito y excremento. Tengo fiebre. Todo en la habitación asusta, la pestilencia, la necrofilia de las moscas, el festín de cucarachas crujiendo en cerrada agitación, pe-

leando por la inmundicia. Las heridas producidas por latas y vidrios sangran y duelen. El búho se desplaza por el aire y me roba el pensamiento: evoco a Diabna en el resplandor de sus ojos. Sólo tengo mis uñas para desenebrar el arte maldito de un brujo que ató a sus fibras el hálito de Diabna, sus pies, sus labios, su desnudez pálida mojada por las olas, su evocación como una estaca de soledad, como huella sin cicatriz, ni retorno... deshago al búho en una pelusa de filamentos ocres: Diabna está en el mar, pálida y cubierta de corales, de sargazos enredándose en su pelo, como una ciudad antigua, lánguida y verde, en el fondo del océano... La tortuga agoniza...